

Biografías para niños

|

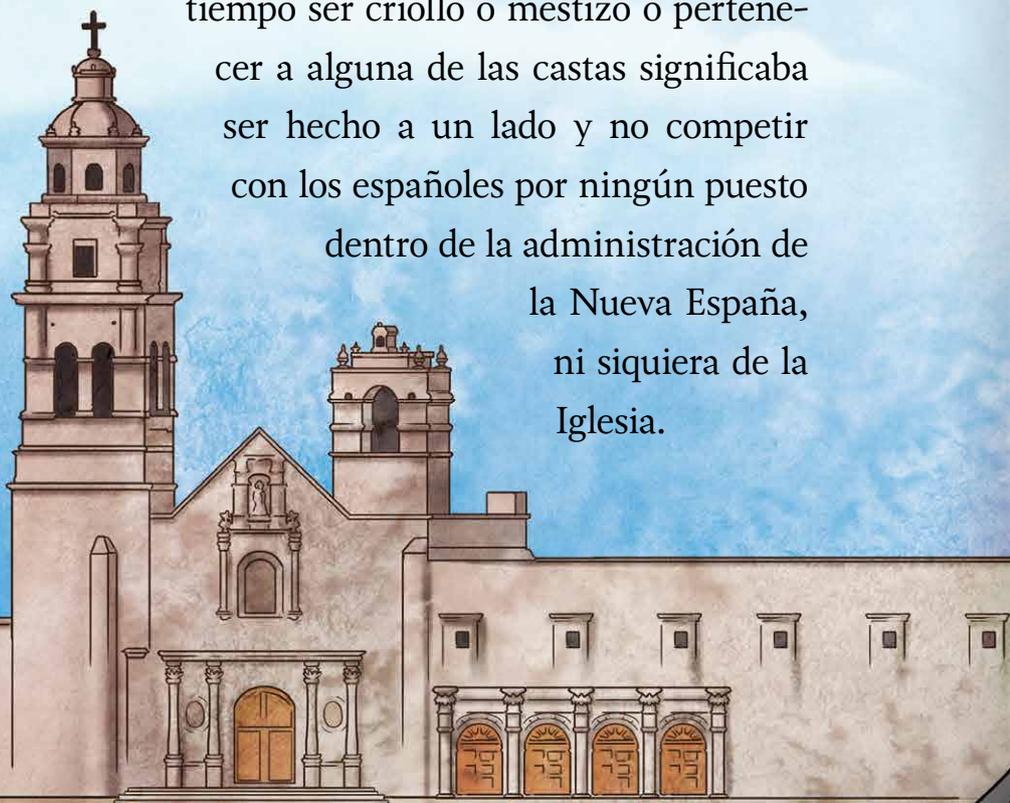
Hubo una vez una espléndida loma tendida al sol, atravesada por corrientes de aire que la refrescaban. Los purépechas la llamaron *Guayan-gareo*, que quiere decir “Loma larga y achatada”. Su clima templado y su hermosura hicieron que los españoles levantaran allí la ciudad de Mechoacán, a la que después llamaron Valladolid. Hoy se llama Morelia en honor de uno de los más destacados héroes de la Independencia: José María Morelos.

Valladolid era una ciudad próspera, tranquila, labrada en cantera, tan favorecida por la naturaleza que durante la Colonia la llamaron “El Jardín de la Nueva España” por sus magníficos parques y sus majestuosas plazas. Allí, en esa ciudad, en la entrada del Convento de San Agustín, nació el ter-

cer hijo de doña Juana Pérez Pavón, el 30 de septiembre de 1765, porque no tuvo tiempo de llegar a su casa para que naciera en mejores condiciones su pequeño; pero las monjas del convento la auxiliaron de inmediato. Ese niño era hijo de Manuel Morelos y Robles, carpintero de oficio.

Doña Juana, hija de un maestro de escuela, y don Manuel quisieron proteger el futuro de sus hijos, asentando en sus actas de bautizo que eran “españoles”, aunque sin duda tenían sangre criolla, mestiza y, quizás, negra. Lo hicieron porque en ese

tiempo ser criollo o mestizo o pertenecer a alguna de las castas significaba ser hecho a un lado y no competir con los españoles por ningún puesto dentro de la administración de la Nueva España, ni siquiera de la Iglesia.



El 4 de octubre, día de San Francisco, del mismo año, bautizaron a aquel niño con el nombre de José María Teclo (*Teclo* viene del griego y quiere decir “Gloria de Dios”), quien vivió una infancia dura, porque cuando tenía ocho años se separaron sus padres, y porque tuvo que ayudar a su mamá en lo que podía para que comieran y vistieran sus hermanos. José María estudiaba en la escuela de su abuelo, José Antonio Pavón, quien en todo momento le exigió orden y disciplina.

Cuando José María andaba en los once años, falleció su abuelo, lo que le causó una gran tristeza porque para él había remplazado a su padre; sin embargo, tenía el orgullo de estar bien instruido para su edad ya que había sido un alumno comprometido.

A los catorce años lo contrató como
labrador un



primo de su padre llamado Felipe Morelos Ortuño, quien además lo tuvo bajo su cuidado en la hacienda de San Rafael Tahuejo. La hacienda producía añil y piloncillo, y criaba ganado. Allí tuvo varios oficios e incluso le ayudaba a su tío con la contabilidad ya que era muy hábil para los números. Seguía estudiando por su cuenta, sobre todo la gramática, porque siempre fue un joven ávido de conocimientos, y estaba decidido a seguir sus estudios, por lo que ahorró para pagarlos.

Y aunque iba a Valladolid de vez en cuando para ver a su madre, once años después de haber llegado a Tahuejo, regresó a Valladolid para quedarse, hecho un muchachote de 24 años. Entró en el Colegio de San Nicolás, cuyo rector era entonces Miguel

Hidalgo, el cura de Dolores, y al que siempre se referiría como “mi maestro”.





De San Nicolás, donde probó tener disciplina y ser buen alumno, salió para entrar al Seminario Tridentino. Quizá el joven José María no tenía tanta vocación sacerdotal como necesidad de una carrera corta que le permitiera recibir un sueldo con prontitud, pero fue un cura entregado a sus feligreses, acostumbrado a servir al más necesitado, y con una enorme fe en la Virgen de Guadalupe.

Sus maestros siempre lo consideraron un estudiante serio, educado y cuidadoso, porque emprendió sus estudios formales un poco tarde. A los 30 años de edad, viajó a la ciudad de México, donde recibió el título de Bachiller en Artes de la Real y Pontificia Universidad, y regresó al seminario de inmediato.

Sus estudios le rindieron fruto, y su aplicación al trabajo le valió recibir con rapidez varios títulos, hasta que en 1797 fue consagrado presbítero; entonces lo llamó el cura de Uruapan para que lo ayudara y se encargara de la escuela de niños.

Estuvo allí poco tiempo, porque el obispo San Miguel, de Valladolid, lo nombró cura interino de

Churumuco, a donde lo acompañaron su madre y su hermana Antonia que era mayor que él. Allí, doña Juana enfermó y quiso regresar a curarse a Valladolid, pero en el camino le faltaron las fuerzas y murió en Pátzcuaro, lo que entristeció profundamente al cura José María.

Agobiado por su pena y el clima caliente, pidió a la mitra su cambio con la idea de prosperar: soñaba con otro clima y otras condiciones, pero lo enviaron a los curatos de Carácuaro y Nocupétaro, donde estuvo diez largos años sirviendo a sus feligreses, que llegaron a quejarse de él, porque era duro y les exigía trabajar sus tierras y no rentarlas. Durante ese tiempo, se dedicó también a la arriería, al comercio y a la construcción, ocupaciones que había aprendido en Tahuejo.

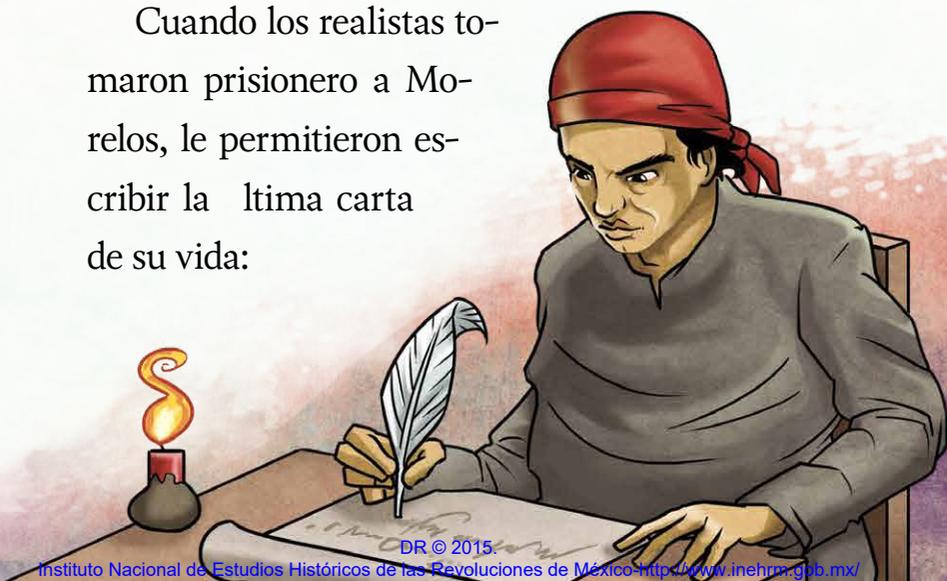
De estos curatos salió en 1810, a los 45 años. Entonces era un hombre corpulento, moreno, con la cara ancha, las cejas pobladas, la nariz recta, los labios carnosos y la barba partida. Un hombre de mirada penetrante, con una personalidad que atraía. Tuvo en Carácuaro una hija llamada Guadalupe y un hijo, Juan Nepomuceno, quienes

llevaron el apellido de su madre, Brígida Almonte. A Guadalupe la dejó en Carácuaro y llevó consigo al niño.

Juan Nepomuceno Almonte tenía apenas siete años, cuando su padre lo nombró capitán de Infantería; a los nueve, teniente coronel; y coronel, a los diez. Dirigía el batallón infantil llamado de Los Emulantes; es decir, el de “los que imitaban el comportamiento de los soldados”. Ese soldadito llegó a ser un personaje contradictorio en la historia del país, porque años adelante apoyó el imperio de Maximiliano, cuando fue la intervención extranjera lo que su padre combatió.

Su padre vio siempre por su educación y lo mandó estudiar a Nueva Orleans; y después vivió una larga temporada en Europa.

Cuando los realistas tomaron prisionero a Morelos, le permitieron escribir la última carta de su vida:



Mi querido hijo Juan:

Tal vez en los momentos que esto escribo, muy distante estarás de mi muerte próxima. El 5 de este mes de los muertos he sido tomado prisionero por los gachupines y marchó para ser juzgado por el Caribe Calleja. Morir es nada cuando por la patria se muere, y yo he cumplido, como debo con mi conciencia y como americano. Dios salve a la Patria, cuya esperanza va conmigo a la tumba. Sálvate tú, y espero contribuyas con los que quedan aún a terminar la obra que el inmortal Hidalgo comenzó. [...] Tú recibe mi bendición [...].

Tu padre, José María Morelos [...]



Durante los últimos años de la vida sacerdotal de Morelos habían sucedido varios acontecimientos que afectaban la vida diaria y la vida política de los habitantes de España y de la Nueva España: el rey Carlos IV había abdicado en favor de su hijo Fernando VII; Napoleón Bonaparte había obligado a Fernando VII a abdicar en favor de su hermano José Bonaparte; y los españoles se levantaron en armas para quitar del trono a José Bonaparte.

En la Nueva España ni los españoles ni los criollos querían un rey francés; pero la diferencia entre ellos era que los criollos y mestizos estaban hartos de las autoridades virreinales y quisieron aprovechar el momento para quitarlas del poder. En un principio querían que volviera al trono Fernando VII, y seguir siendo súbditos del rey, pero con un gobierno americano; pero después repudiaron esa idea.

Dos veces conspiraron sin suerte los americanos contra las autoridades virreinales: una en Valladolid y otra en Querétaro. Cuando ésta última fue descubierta, el párroco de Dolores, antiguo rector de San Nicolás, Miguel Hidalgo, decidió convocar al pueblo a que se levantara en armas contra la opresión de los españoles y mandó repiquetear las campanas de la iglesia de Dolores para reunir a la gente. Partió hacia la guerra con seiscientas personas mal armadas; y al pasar por Atotonilco, tomó como bandera el estandarte de la Virgen de Guadalupe.

Enterado del levantamiento de su ex rector, y de la toma de algunas poblaciones, Morelos, que tenía los mismos ideales de libertad, quiso alcanzarlo en Valladolid, pero dio con él hasta Charo. Eran

viejos conocidos y ambos pensaban en que había llegado el momento de vivir en un lugar donde todos tuvieran las mismas oportunidades. Hidalgo le pidió a su antiguo discípulo que lo acompañara a Indaparapeo para que pudieran platicar más.

Morelos se puso a sus órdenes porque quería participar en la revuelta como sacerdote, asistiendo a los soldados, pero Hidalgo lo nombró su lugarteniente; es decir, su representante, le dio el grado de general y le encomendó reunir tropas en el sur del país y tomar el principal puerto de comercio de los españoles: Acapulco.

Morelos no imaginó que nunca volvería a ver a Hidalgo, y menos que sería él quien tomaría su lugar, pues al año siguiente, el 30 de julio, después de perder algunas batallas contra los soldados del rey, Hidalgo fue hecho prisionero y fusilado.



IV

Morelos regresó a Carácuaro a juntar gente para partir hacia el sur, no sin antes solicitar a sus superiores que mandaran a alguien para suplirlo y pedir, cosa curiosa, que le fueran guardando su paga mientras volvía. Lo que quiere decir que pensó que no sería muy lejano ese momento.



Salió de ahí el 25 de octubre de 1910 con pocos hombres, pero conforme avanzó la lucha logró reunir un ejército mejor armado que el de Hidalgo, mejor organizado y menos violento y destructor. Aquel niño que había entrado como labrador a una hacienda, aquel cura que se había entregado a sus fieles inició lo que se ha llamado sus campañas; es decir, sus expediciones o recorridos por las tierras del sur de la Nueva España, con la consigna de Hidalgo de liberar a los americanos del dominio español. Todos los recorridos los hizo a caballo, pero gran parte de su ejército se desplazó a pie.

PRIMERA CAMPAÑA

Salió de Carácuaro el 25 de octubre de 1810 y llegó a Chilapa. La tomó el 16 de agosto de 1810. En esta campaña, Morelos vio por primera vez el mar, que sin duda le habrá dejado una honda huella en el espíritu y reavivado la orden de su maestro de tomar el puerto de Acapulco, lo que no logró hacer esa vez. En un lugar de Michoacán llamado Agua-

catillo, emitió el 17 de noviembre un comunicado o “bando”, con el cual suprimió la esclavitud, las castas y las deudas, y limitó los empleos de los españoles. Y subrayaría claramente que en adelante todos los habitantes de la Nueva España, excepto los europeos, serían llamados “americanos”.

En esta gira, se unió a su ejército Hermenegildo Galeana, personaje que más adelante sería llamado por él “mi brazo izquierdo”. A Hermenegildo se le adhirieron, en la hacienda de Chichihualco, cuatro de las mejores figuras que tuvo la Guerra de Independencia: los hermanos Bravo: Leonardo, Víctor y Máximo, y el hijo de Leonardo, llamado Nicolás; y en la toma de Tixtla, entró a servir a Morelos Vicente Guerrero, quien concluiría la orden de Miguel Hidalgo de darles la total independencia a los americanos.

Durante este tiempo, Morelos no supo que Miguel Hidalgo fue vencido en la batalla de Acatic de Baján, en Coahuila, y que, hecho prisionero junto con sus principales hombres, fue fusilado. Cuando se enteró, no quiso informar a su tropa lo sucedido para que no se desmoralizara.

Tendría además, otro dolor de cabeza, porque Ignacio López Rayón, que andaba con Hidalgo, tomó el lugar de éste, y a partir de entonces rivalizaría con él por llevar el mando y las decisiones del ejército insurgente. Como primera acción, López Rayón convocó a Morelos a la Junta de Zitácuaro, que no era otra cosa que un consejo formado por otros insurgentes, que funcionaría como una autoridad para la nación mexicana que no reconocía al gobierno virreinal. Esta Junta fue instituida el 19 de agosto de 1814.



SEGUNDA CAMPAÑA

Comenzó en noviembre de 1811 y terminó con la toma de Chiautla el 4 de mayo de 1812, después de romper el sitio de Cuautla. Su deseo entonces fue ir al centro del país, a tomar la capital.

El aislamiento en que se encontraba, fuera del alcance de las tropas realistas, le permitió a Morelos dictar varias medidas urgentes como emitir una moneda y preparar con calma su siguiente campaña. En Izcar, se le unió Mariano Matamoros, el cura de Jantetelco, quien le ordenaría el ejército, lo vestiría de uniforme y ganaría varias batallas importantes porque resultó ser tan buen estratega, que fue nombrado por Morelos su “brazo derecho”.



Don José María dividió a su ejército en tres partes quedándose él con una de ellas. Tomó Cuautla y la fortificó para vencer al general realista Félix María Calleja, pero éste los cercó para acabar con ellos por falta de agua y de alimentos. 72 días estuvieron los insurgentes sitiados, sufriendo calamidad y media, comiendo roedores y lombrices y hierbas silvestres hasta que lograron romper el sitio. En esta campaña un soldadito del Batallón de Los Emulantes, Narciso Mendoza, contribuyó a la huida disparando un pequeño cañón que ahuyentó a los realistas. Como premio fue nombrado comandante y al cañón lo bautizaron como “El niño”. Morelos se dirigió entonces a Guerrero.

Dicen que cuando Napoleón Bonaparte supo de las proezas de Morelos exclamó: “Si tuviera cinco hombres como Morelos, conquistaría el mundo”.

TERCERA CAMPAÑA

Durante esta campaña, Morelos tomó Oaxaca. En esta batalla se destacó Guadalupe Victoria, quien sería más adelante el primer presidente de México.

Frente a un foso que no se atrevían a traspasar los realistas, Victoria arrojó su espada al otro lado gritando: “Va mi espada en prenda, voy por ella”. Cruzó el foso a nado y se incorporó al combate.

La toma de esta plaza fue para el virreinato un golpe fuerte porque era una ciudad significativa, y los insurgentes obtuvieron dinero, tabaco y grana, así como armas. Y para los insurgentes fue una toma gloriosa por lo que significaba la ciudad en términos estratégicos, políticos y religiosos, y un centro comercial importante.

CUARTA CAMPAÑA

Se llevó a cabo de enero a agosto de 1813. Luego de la toma de Oaxaca, Morelos se dispuso a cumplir el mandato de Hidalgo: tomar Acapulco. Fue un camino largo y penoso porque el territorio no era propicio para llevar artillería pesada. Morelos tomó el puerto pero la fortaleza de San Diego no se le rindió de inmediato. El defensor, Pedro Antonio Vélez, le dio buen trabajo a las tropas insurgentes.

Enseguida Morelos marchó contra Valladolid con seis mil hombres, y aunque sólo la cuidaban mil, fue sorprendido por los realistas que recibieron refuerzos y obligaron a los hombres de Morelos a dispersarse.

Huyeron hacia Chupio, de allí a las Lomas de Santa María, donde fueron batidos al grado de hacer que se confundieran y se mataran entre sí los insurgentes. De allí cabalgaron hasta la hacienda de Puruarán. Mariano Matamoros insistía en que no era un buen lugar para guarecerse porque estaba en una hondonada y los realistas los podían ver desde cualquier punto, pero Morelos insistió en quedarse allí. Desanimados, sus mejores hombres sacaron a don José María de Puruarán. Mariano Matamoros se quedó a hacer frente a los enemigos que llegaron coman-



dados por el general Ciriaco del Llano y Agustín de Iturbide, quien a os después pactó con las fuerzas insurgentes y consum la Independencia.



Vencidos los insurgentes, los realistas se llevaron prisionero a don Mariano a Valladolid, donde lo juzgaron y lo fusilaron el 3 de febrero de 1814. Cinco meses más tarde, el 27 de junio, Hermenegildo Galeana murió en combate. Se cuenta que al enterarse, Morelos dijo que había perdido sus dos brazos. “Ya no soy nada”, exclamó. Aun así, trató de impedir que fusilaran a Matamoros y escribió una carta ofreciendo 200 soldados españoles por él; pero la carta llegó tarde, y al virrey le urgía acabar con el movimiento de independencia con ejemplos drásticos. Morelos entonces se trasladó a Chilpancingo.



V

Cuando disminuyeron las fuerzas de la Junta de Zitácuaro y la de López Rayón, don Carlos María de Bustamante, oriundo de Oaxaca, a quien debemos las mejores páginas sobre la Independencia, por ser historiador, periodista y gente de Morelos, viendo que la Junta Suprema ya no funcionaba, propuso instituir un Congreso Nacional. Morelos aceptó la idea y desde Acapulco lanzó la convocatoria para la reunión. Eligió “la Nueva Ciudad de Chilpancingo” para su establecimiento.

Para López Rayón no fue una buena noticia y trató de convencer a Morelos de que



no estableciera el Congreso y de que no propusiera el texto de la Constitución que querían crear.

El Congreso fue inaugurado el 14 de septiembre de 1814, y en él Morelos presentó los *Sentimientos de la Nación* que constan de 23 puntos. Entre ellos, los siguientes:

Que la América es libre e independiente de España y de toda otra nación, gobierno o monarquía, y que así sancione, dando al mundo las razones.

Que la religión católica sea la única, sin tolerancia de otra.

Que la soberanía dimana inmediatamente del pueblo, el que sólo quiere depositarla en sus representantes dividiendo los poderes de ella en legislativo, ejecutivo y judicial, eligiendo las provincias sus vocales, y éstos a los demás, que deben ser sujetos sabios y de probidad.

Que los empleos los obtendrán sólo los americanos.

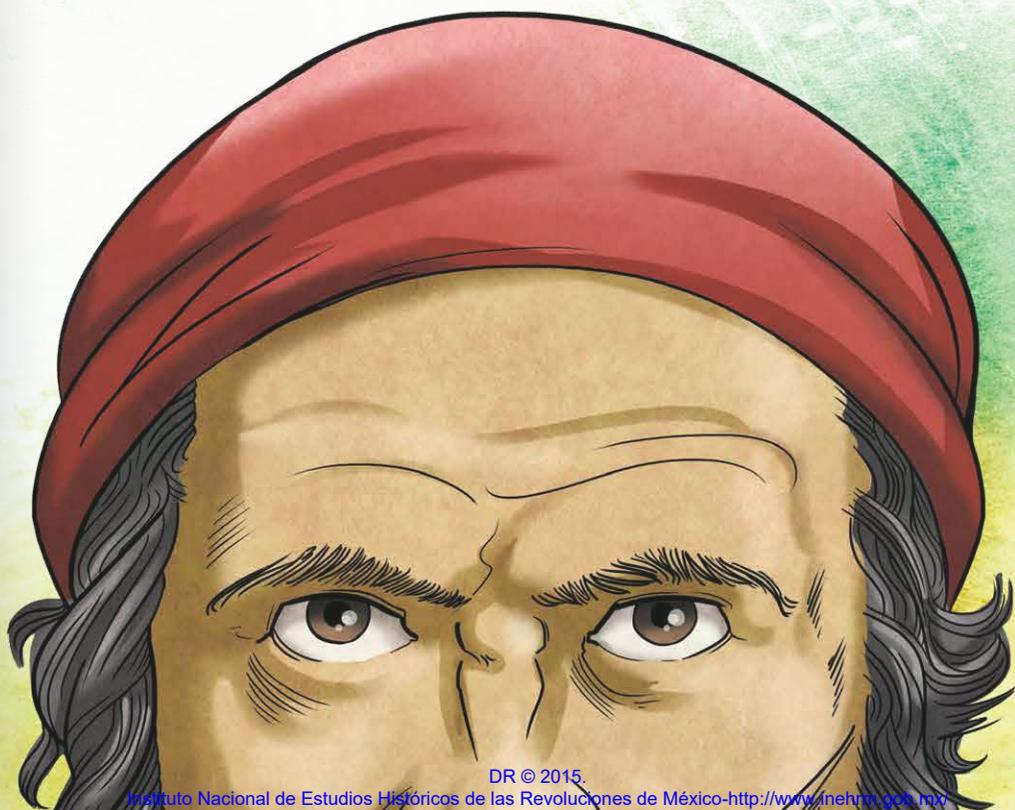
Que la esclavitud se proscriba para siempre, y lo mismo la distinción de castas, quedando todos iguales, y sólo distinguirá a un americano de otro el vicio y la virtud.

Que a cada uno se le guarden las propiedades y respete en su casa como en un asilo sagrado señalando penas a los infractores.

Que en la nueva Legislación no se admitirá la tortura.

El día 15, Morelos fue elegido *Generalísimo* y encargado del Poder Ejecutivo; pero como era humilde, pidió ser llamado *Siervo de la Nación*.

Ha llegado hasta nosotros un retrato de esos días, del Generalísimo, donde lo vemos frunciendo un poco el entrecejo con la mirada penetrante y el clásico pañuelo atado a la cabeza. Toma con la mano derecha la espada, símbolo de poder, y lleva bordado en su casaca roja un rosario que rodea el cuello. El mando político, el mando militar y la fe fueron tres cosas inseparables de su personalidad.



Finalmente el 6 de noviembre se expidió la Declaración de Independencia. En Chilpancingo dejó de existir la Nueva España para dar paso a un nuevo país. La Declaración subrayó que la soberanía correspondía a la Nación Mexicana, que los lazos de dependencia entre España y la nueva nación se rompían para siempre.

A partir de la derrota de Puruarán, el ejército de Morelos se vino abajo: había perdido a sus mejores hombres y los pocos que le quedaron estaban cansados, temerosos y mal comidos; algunos incluso estaban viendo cómo tramitar un indulto, el perdón de los españoles.

En esas circunstancias, el Congreso le quitó el Poder Ejecutivo y, asediado por los españoles, al mando del entonces ya virrey Félix María Calleja, su antiguo perseguidor, se le encargó trasladarlo bajo su responsabilidad a Tehuacán.

El 5 de noviembre de 1815, luego de un largo camino y en espera de ayuda, don José María decidió descansar en Temalaca, donde lo atrapó el ejército contrario. Los hombres de Morelos se dispersaron. No le quedó más remedio que ver que

los Poderes del Congreso corrieran mejor suerte que él: organizó su huida, y él se encaminó hacia el bosque, donde fue hecho prisionero.

Morelos llegó a la capital el 22 de noviembre, donde lo esperaban tres pavorosos procesos en los que se fue desgastando: el de la Inquisición, el de la Iglesia y el civil. Lo hallaron culpable, lo degradaron de su condición de sacerdote y lo condenaron a morir. Lo fusilaron el 22 de diciembre de 1815, en Ecatepec, lejos de la ciudad, para que sus seguidores no se alebrestaran. Con su muerte, se cerró la segunda etapa de la Independencia.

La figura del Rayo del Sur, como se la ha llamado, crece a lo largo del tiempo porque nos dio los cimientos de la Patria y la Libertad, enfrentándose a un enemigo superior en ejército y armas. Sin él, sin su fuerza, sin su determinación de realizar el sueño de su maestro Hidalgo, no habrían alcanzado la Independencia los insurgentes que le siguieron.

